

José Rafael Lantigua

Espacios y resonancias
Crítica cómplice

VOLUMEN VI



Prólogo de Danilo Manera

Ediciones Centeno
Santo Domingo, República Dominicana
2015

PRÓLOGO
José Rafael Lantigua:
maestro de lectores

DANILO MANERA

Nadie tiene la receta de la reseña ideal. Pero hay críticos a los que envidiamos y admiramos porque parecen poseer dotes naturales que les permiten alcanzar, como si nada, el comentario perfecto, equilibrado e incisivo, necesario y documentado, honesto y valiente. José Rafael Lantigua es, sin duda, uno de esos privilegiados. Quizás por esta razón, a pesar de su enorme aporte a la vida cultural dominicana de las últimas cuatro décadas, como distinguido poeta y ensayista por un lado, y como brillante gestor cultural por el otro, no pocos lectores recuerdan y agradecen, en primer lugar, su faceta de columnista literario en el ya legendario suplemento “Biblioteca”.

Pero no nos equivoquemos: lo que nos llega como un don airoso, derrochado con un lenguaje que acopla lozanía y rigor, es fruto de una sedimentación de lecturas y escrituras cotidianas, es efecto de una larga, arraigada y avasalladora pasión. Porque Lantigua es, ante todo, un lector ejemplar y un escritor exigente. Es así como logra el linaje de maestro de lectores y escritores. En este sentido se podría interpretar el subtítulo de “crítica cómplice”: como un ejercicio entusiasta y primoroso que se pone siempre, fraternalmente, tanto del lado del lector, como del escritor.

Los años que abarca el presente volumen van desde 2000 hasta 2003 y se ubican en la biografía de Lantigua entre su

compromiso como Presidente de la Comisión Permanente de la Feria del Libro de Santo Domingo e impulsor de su internacionalización (1997-2000) y los ocho años de su gestión como Ministro de Cultura (2004-2012). No es un período fácil en la historia de la República Dominicana, ya que durante el mandato del Presidente Hipólito Mejía el país se vio afectado por una dura crisis económica y moral. ¿Qué lecturas elige Lantigua entre las novedades de esos cuatro años para el Listín Diario? Tal vez nos hallamos ante un repertorio parcial, pero estimo que suficiente para intentar el esbozo de un mapa. Su mayor preocupación es por la literatura dominicana: se siente comprometido con su crecimiento y salud, su difusión y aprecio entre los lectores criollos y los de fuera de la isla. Percibe el quehacer crítico sin trabas: sabe que debe mojararse. Lejos de creerse poseedor de la verdad, sabe que su voz debe ser firme, fundamentada, elegante, atrevida y precisa.

Como buen poeta, brinda un especial mimo a los versos, que no suelen encontrar tanto espacio en los suplementos literarios de otras latitudes. Comenta así *Self Service Poems* (ahora disponible en su versión castellana) de Alexis Gómez Rosa, *Un latido en el bosque* de Yky Tejada, *Recodo* de José Enrique García, *Polipendular* de Martín J. Santos Casado, *Comenzó a llenarse de pájaros el sueño* de César Sánchez Beras, *Pasión de mar* de Pedro Ovalles, *Al arma contra figuraciones* de Diógenes Céspedes, *Salvo el insomnio* de Plinio Chahín y René Rodríguez Soriano, *Sueño escrito* de Basilio Belliard, *Rumor cotidiano* de Carmen Pérez Valerio, y la antología *Juego de imágenes* (selección y prólogo de Frank Martínez; notas críticas de Néstor E. Rodríguez). Y son éstas las páginas donde cita con más generosidad de los poemarios y consigna toda la emoción de la lectura y relectura, todo su fervor. Las reseñas se transforman a menudo en homenajes a la poesía,

que “siempre ha sobrevivido a todas las escaramuzas del silencio, a todas las portañuelas de la indiferencia”; que se “se nutre de la realidad vital” y siempre constituye “un conato de rebelión. Contra el ser y la nada. Contra las formas de encarar la existencia. Contra moldes y proclamas. Contra asedios y sueños”. Esa bendición que es al mismo tiempo, como dijo nuestro crítico en una ocasión, un incendio, un espejismo, una voz de esperanza y un asombro.

Lantigua se alegra por el crecimiento vigoroso de la narrativa corta dominicana, gracias a un notable grupo de creadores, “compuesto entre otros por Pedro Antonio Valdez, Rafael García Romero, Ángela Hernández Núñez, René Rodríguez Soriano, Manuel Llibre Otero y Luis Martín Gómez, dejando de lado a los más veteranos que todavía siguen produciendo como Armando Almánzar, Efraím Castillo, Pedro Peix y Diógenes Valdez”. Y subraya la importancia capital de Marcio Veloz Maggiolo (“el narrador dominicano más activo y productivo”) en el desarrollo de la cuentística criolla, debido a su “constante renovación”, a la mixtura de elementos cultos y vivencias populares, ambientación histórica exacta y hondura humana de la memoria, amén del “esplendoroso dominio del lenguaje”. Varios títulos reseñados en aquellos años motivan su optimismo: las cuatro narraciones potentes y sin caídas de Pedro Camilo, reunidas en *La impecable visión de la inocencia*; la carga poética y espiritual, la “sintaxis desarticulante”, el “cerrado sustrato de intrahistorias” de los cuentos de Ángela Hernández en *Piedra de sacrificio*; los textos sorprendentes y sin altibajos de José Acosta en *El efecto dominó*; el deslenguado neovanguardismo de Pastor de Moya en *Buffet para caníbales*; el protagonismo femenino en las historias de Jeannette Miller en *Cuentos de mujeres* y de Ida Hernández Caamaño en *El amor todos los días*; y la *Antología casi*

personal del extraordinario maestro del género Armando Almánzar Rodríguez.

Más perplejidad le genera el trayecto de la novela dominicana actual. Considera su camino "siempre inconcluso", su perfil todavía borroso. Invita a los autores a un mayor ahínco y brío para contar la realidad dominicana con técnica sólida, forjando lecturas placenteras y enriquecedoras. Sin embargo, Lantigua encuentra acertadamente las huellas de un nuevo rumbo al menos en tres títulos: *He olvidado tu nombre* de Martha Rivera, *Bachata del ángel caído* de Pedro Antonio Valdez y *Mudanza de los sentidos* de Ángela Hernández, novela que alaba por su límpida prosa teñida de emotividad. Señala también, con matizaciones, *Memorias de un hombre solo* de Luis R. Santos, *Una vez un hombre* de José Enrique García, *Después del viento* de Lipe Collado y *Cenizas del querer* de Emilia Pereyra. Ve con júbilo los indicios de narrativa de género, concretamente el filón policial, tan importante en términos de ventas y circulación en otras literaturas, y lamentablemente muy poco explotado por los creadores dominicanos. Saluda *Las siempre insólitas cartas del destino* de Roberto Marcallé Abreu como un buen comienzo. Y no se le escapan las potencialidades del trasfondo político sensacionalista de *El buscador de tesoros*, novela de intriga escrita por Ángel Lockward. Finalmente, reserva una merecidísima atención a dos obras de indudable relieve y excepcional manejo del lenguaje, ambas con cierto sabor a vudú: *Viento negro, bosque del caimán*, fresco del convulso final del siglo XVIII en la isla por el conocido historiador y antropólogo Carlos Esteban Deive, y *El hombre del acordeón* de Marcio Veloz Maggiolo, sobre las extrañas muertes, en los inicios del trujillato, de un músico rayano juerguista y enamorado, "primera gran novela dominicana donde el merengue

no es sólo presencia temporal o paisaje, sino auténtico telón de fondo de una historia centrada en la letra y el ritmo de la danza nacional por excelencia”.

A este propósito, huelga decir que en la cita semanal de “Biblioteca” se comentan con deleite libros sobre la música y el baile y, en efecto, aparecen en el presente volumen comentarios sobre tres trabajos de gran envergadura, que han marcado las investigaciones sucesivas (resultando casi proféticos, dado el auge posterior e internacional de la bachata): *La pasión danzaria. Música y baile en el Caribe, a través del merengue y la bachata* de Darío Tejeda, *Antes de que te vayas...* *Trayectoria del merengue folclórico* de Rafael Chaljub Mejía y *Bachata. Historia y evolución* de Carlos Batista Matos.

Lantigua se ocupa con igual esmero de la literatura de la diáspora dominicana, señalando el estudio *Literatura dominicana en los Estados Unidos. Presencia temprana 1900-1950*, al cuidado de Daisy Cocco de Filippis y Franklin Gutiérrez, y reseñando dos novelas de Julia Álvarez, que defiende de la displicencia por parte de algunos intelectuales criollos, afirmando que salvo el hecho de escribir en inglés, “no tiene otro elemento que la distancie de la realidad cultural dominicana y le impida ser incluida en nuestra historia literaria”. *Cuando tía Lola vino de visita a quedarse* le parece una obra francamente tediosa y fría; en cambio, considera *En el nombre de Salomé* un minucioso y logrado retrato familiar de caracteres intensos y desdichados.

Como es deber de todo buen ensayista cultural con voluntad didáctica, Lantigua no pierde ocasión para recomendar a sus lectores que recuperen un clásico injustamente olvidado o imprescindible. En la primera categoría se pueden colocar la novela *La sangre* de Tulio Manuel Cestero o los *Cuentos completos* de Néstor Caro. En la segunda

tres grandes amores literarios de nuestro bibliófilo: Domingo Moreno Jimenes, del cual ha escrito una hermosa biografía y sobre el cual reseña un estudio llevado a cabo en Francia por su nieta Bárbara Moreno García, *El recorrido poético de Domingo Moreno Jimenes*; Virgilio Díaz Grullón, al que dedica una afectuosa semblanza con motivo de su fallecimiento, y Manuel del Cabral, del que nos habla a raíz de la publicación de una reunión de textos, *Con el permiso del guardián del tiempo*, para enfatizar su trascendencia: "No existe obra similar en el contexto de la literatura nuestra, nada igual que le anteceda o que le haya sucedido. En la poesía o en la prosa, que en él tuvieron amazonas iguales, desarrolló un estilo que no tiene parangón".

Junto a la literatura, la otra gran inclinación lectora de Lantigua son las memorias y la historia, tanto académica como novelada. Y en este ámbito tiene un interés específico por las memorias, que no duda en estimular, recalcando su importancia crucial para enfrentar el olvido, entender pasado y presente y conocer detalles y puntos de vista inéditos: "El testimonio es un género histórico-literario poco asumido en nuestro país. Mucha gente importante, que ha ocupado funciones relevantes en nuestra vida política y social ha dejado el mundo de los vivos sin haber escrito una sola página de sus experiencias". La razones de esta escasez son varias, pero sobresale "el temor a involucrar en ellos a personas de relevancia social, económica y política con los inconvenientes que esto conlleva, de división, animosidad, beligerancia y refutación". Para quien se anima, ya sea un intelectual o un simple testigo, "las memorias constituyen un género variadísimo, y salvo que el memorista sea un aburrido sin remedio, ellas permiten conocer los recovecos del trayecto de una vida, con sus altibajos, con sus menudencias, con sus

paradojas, con sus enseñadas de viento y verdor, de cal y musgo”. Lantigua celebra por ende la *Autobiografía literaria (1947-1955)* del escritor Diógenes Céspedes; *El mundo que quedó atrás* del periodista Miguel Guerrero; las *Vivencias* de Carolina Mainardi, viuda del luchador antitrujillista Leovigildo Cuello, como *La simiente convulsa* y *La gavilla luminosa* de la ex combatiente antitrujillista Grey Coiscou Guzmán. No le pueden dejar indiferente tampoco las memorias de un funcionario importante del régimen, Hans Paul Wiese Delgado, *Trujillo, amado por muchos, odiado por otros, temido por todos*, o la autobiografía incompleta del tiguere-playboy Porfirio Rubirosa y la posterior biografía de Lipe Collado, *Porfirio Rubirosa. La impresionante vida de un seductor*.

Entrando ya en una dimensión historiográfica de corte académico, reseña *Almoína, Galíndez y otros crímenes de Trujillo en el extranjero* de Bernardo Vega, *Clases, crisis y comandos* de Franklin J. Franco, *Armas y poder* de Domingo Lilón, y recorre una trayectoria emblemática, la del ensayista militar general José Miguel Soto Jiménez. Sin embargo, no olvida la decisiva labor de los periodistas, por ejemplo los años empleados por Freddy Aguasvivas en investigar el secuestro en 1970 de un coronel de la embajada norteamericana, que se cambió por veinte prisioneros políticos, episodio narrado en *El olor del olvido*: “Con un argumento tan escalofriante, Aguasvivas construye una magnífica historia novelada, reviviendo cada situación, reconstruyendo cada detalle, enhebrando cada circunstancia, para producir la que es, hasta ahora, la más importante crónica no solo de aquel suceso, sino de toda la historia dominicana de la denominada ‘guerra fría’ que, en nuestro caso, fue particularmente sangrienta y brutal”. Al mismo período se refiere otra provocadora crónica novelada, *Dile adiós a la época* de Manuel Matos Moquete,

que “recompone las intrigas y las sinuosidades, muchas aún sin desvelar, de la época de lucha política contra el gobierno de Joaquín Balaguer”.

Hemos glosado pormenorizadamente estas andanzas dominicanas de nuestro ensayista para destacar su militancia esencial e insoslayable. Pero su mirada crítica y su avidez lectora se expanden en círculos concéntricos por todo el planeta. En primer lugar el Caribe, empezando por los vecinos haitianos, a cuyo patrimonio folclórico ancestral está dedicado *Así habló el tío* de Jean Price-Mars, y puertorriqueños, como Walter Bonilla, autor de *La revolución de abril y Puerto Rico*, y Juan Otero Garabís que en *Nación y ritmo* estudia la música de Juan Luis Guerra y Silvio Rodríguez y en paralelo las ficciones de Luis Rafael Sánchez y Pedro Vergés. Sin olvidar *Los nuevos caníbales. Antología de la más reciente cuentística del Caribe Hispano*, al cuidado de Marilyn Bobes, Pedro Antonio Valdez y Carlos R. Gómez Beras. En este contexto, una figura-puente muy significativa, que Lantigua reivindica, es la de José Luis González, el “nativo ausente”, dominicano que desarrolló gran parte de su obra en Puerto Rico, su patria adoptiva, y en México, su patria del exilio.

Por estas páginas desfilan desde luego numerosos latinoamericanos, como Carlos Monsiváis con *Aires de familia*, Mario Vargas Llosa con *El paraíso en la otra esquina*, Carlos Fuentes con *Instinto de Inez*, el Rubén Darío recreado por el inglés Ian Gibson en *Yo, Rubén Darío. Memorias póstumas de un Rey de la Poesía* y el venezolano Julio Portillo con su obra consagrada a los *Balcones de la Ciudad Primada*. Y abundan los libros españoles: la periodista trotamundos Maruja Torres con *Mujer en guerra*; Miguel Barroso con su novela negra ambientada en Cuba *Amanecer con hormigas en la boca*; el cantautor Luis Eduardo Aute con *Canciones 1966-1999*; el

canario Alberto Vázquez-Figueroa con su evocación de la colonia en La Hispaniola en *Tiempo de conquistadores*; y Javier Cercas que con su novela *Soldados de Salamina* reformula en clave posmoderna la reescritura del pasado y el rescate de la memoria (los “relatos reales”).

Aguda y constante es la sensibilidad de Lantigua por los temas políticos e ideológicos de gran alcance. De allí que reseñe por ejemplo dos libros con textos del fallecido líder perredeísta José Francisco Peña Gómez, uno de los cuales llama la atención sobre los efectos perniciosos del reeleccionismo y el otro centrado en el internacionalismo socialdemócrata. Al debate constitucional, de actualidad no solamente en aquellos años, está dedicado *Constitucionalismo y procesos políticos en la República Dominicana* de Flavio Darío Espinal. Del nacimiento y desarrollo, a menudo contradictorio, de la izquierda dominicana trata *He aquí la izquierda* de Rafael Chaljub Mejía. Asimismo, nuestro crítico sugiere releer un clásico sobre los “males nacionales” como *El derrumbe* de Federico García Godoy o bien otra pieza maestra, las *Cartas a Evelina* de Francisco Moscoso Puello, lúcido, irónico e hiriente “muestrario de la psicología y la idiosincrasia dominicanas”, porque “no existe otra obra en la bibliografía dominicana que encare con tanta perspicacia, no exenta de subjetividad, los temas centrales de nuestras tragedias políticas y que vislumbre con una profunda percepción de la realidad los alcances y dilemas de nuestras más añejas pesadumbres”. Tampoco faltan aquí páginas sobre conflictos lejanos del pasado y del presente, como las que reflexionan sobre *La CIA y la guerra fría cultural* de Frances Stonor Saunders o *Bush en guerra* de Bob Woodward.

El presente libro guarda más de una pista sobre la conciencia que el autor tiene de su oficio. Se me ocurre que

podríamos colocar *Espacios y Resonancias* en la misma línea de alto periodismo que traza Lantigua al comentar *Elogio de la derrota*, recopilación de "Cronicantos" de Pablo McKinney, cuando menciona volúmenes como *Al filo de la dominicanidad* de Andrés L. Mateo, *Para uso oficial solamente* de Enriqueillo Sánchez y *Emboscada al relámpago* de Tony Rafal. Asimismo, apostillando la selección de entrevistas *Detrás de la mirada*, del boricua Armino Núñez Miranda, Lantigua cita su trabajo semejante, *El oficio de la palabra. Conversaciones literarias*, y su fe en dicho formato periodístico: "Los escritores tienen muchas cosas que contar al margen de su propio discurso literario. Tras bastidores, se cuelan los enigmas, las complejidades, las motivaciones reales, las premisas y los dilemas del arte de la escritura. Tras un libro, hay toda una experiencia vital empujando y diagramando el sello personal de la escritura, que el escritor, muchas veces, tiene necesidad de comunicar".

Como expresé anteriormente, nuestro crítico no tiene reparos en mostrar sus preferencias (hasta enumera los cuentos que más le han gustado entre los que componen un libro). Cuando detecta con claridad una voz emergente talentosa, le sigue los pasos, como es el caso de Pedro Antonio Valdez, del cual reseña el poemario *Naturaleza muerta*, los cuentos reunidos en *La rosa y el sudario*, y la novela *Carnaval de Sodoma*, que no duda en calificar como obra maestra, "la novela más trascendente de la literatura dominicana de los últimos treinta años".

En el otro extremo, tampoco se anda con rodeos para manifestar su desaprobación. Sobre todo le molestan los descuidos formales. Entre varios casos, le reprocha a Guaroa Ubiñas Renville, autor del amplio y valioso estudio *Mitos, creencias y leyendas dominicanas*, el no haber corregido

debidamente su sintaxis para que estuviera a la altura de una obra tan importante. Es justamente muy severo con el editor de un manual de historia dominicana desprovisto de elementos indispensables. A veces acompaña sus escrupulosas recriminaciones con expresivas frases tal y como “acusa debilidades tan fuertes que casi casi el libro se le cae de las manos al más sesudo y paciente lector” o la siguiente, reveladora de su ética profesional: “No vacilo en declarar que la novela se me cayó de las manos en varias ocasiones y que si, al fin, pude levantar del suelo el volumen y concluirla, se debió exclusivamente —me ha ocurrido muchas veces— a la disciplina de lector que me he impuesto de terminar, aún sea a trancazos, una obra que merece ser debidamente comentada sin lecturas parciales sino totales”.

Tres veces se le ve en estas páginas decididamente contrariado. La primera con la novela *Puerto Plata Market* de Aldo Nove, que atinadamente censura sin piedad, no sólo como dominicano que no se siente representado en la imagen de la isla y sus habitantes ofrecida por el italiano, sino también y sobre todo como lector horrorizado tanto por un experimentalismo fallido y zafio, como por la tremenda mezquindad intelectual de Nove en esta novela “confundidora, desajustada, insípida, asqueante en algunos tramos, tergiversadora” y escrita con “una mala intención apabullante”. De paso, recordaré que Lantigua elogia varias otras novelas italianas, en especial *Seda* de Alessandro Baricco y *Sostiene Pereira* de Antonio Tabucchi. La segunda vez es con *Yo, Ramfis Trujillo* de Luis José León Estévez, antiguo yerno del dictador y sospechoso de varios crímenes. El libro, “fiel al pensamiento trujillista más acendrado y devoto”, resulta una burda e infamante falsificación facciosa, llena de torpezas apologéticas: “es una formidable tomadura de pelo, sin

ninguna trascendencia, que bien merece la más absoluta indiferencia de cualquier lector que se respete”. El tercer disgusto se lo provoca el ver que en *Las ínsulas extrañas. Antología de poesía en lengua española (1950-2000)*, preparada por famosos poetas españoles e hispanoamericanos, no aparece ningún poeta dominicano (como desgraciadamente también había ocurrido en varias otras antologías parecidas). Le entristece la falta de reconocimiento internacional que penaliza a poetas del calibre de Domingo Moreno Jimenes, Manuel del Cabral, Pedro Mir, Franklin Mieses Burgos, Manuel Rueda, Antonio Fernández Spencer, entre otros. Apunta como causas la ignorancia y cierta inercia de los antologadores y le duele que obras así puedan elevarse a referencia básica.

Invariablemente, extremos encomiásticos o demoleedores aparte, los juicios de Lantigua evidencian como marca de fábrica una exquisita medida. El tiempo ha sido un caballero, y a posteriori es fácil comprobar sus aciertos en señalar defectos y malas costumbres por un lado y por el otro activos y virtudes de las plumas prometedoras, horizontes abiertos y senderos sugerentes para nuevas aventuras lectoras. Al cerrar esta sustanciosa compilación, que es a su vez un libro escrito por y con muchos libros, los lectores, fascinados y agradecidos, enviamos un silencioso saludo al emotivo poeta bibliófilo que sigue empuñando su brújula de tinta y papel.

Milán,
5 de enero de 2015